

LA EDUCACIÓN MÉDICA EN LA ÉPOCA ACTUAL Y SUS TENDENCIAS*

POR EL DR. JORGE BEJARANO

Profesor de la Facultad de Medicina, Universidad Nacional, Bogotá, Colombia

Hubiera resultado inexplicable que el Primer Congreso Panamericano de Educación Médica que se verifica en Lima, no incluyera en su temario un punto de tanta trascendencia como el que se refiere a "la educación médica en la época actual y sus tendencias."

El Primer Congreso Panamericano de Educación Médica va a permitirnos, a todos los que desde los cuatro puntos cardinales del hemisferio hemos venido a traer un mensaje de adhesión y simpatía a la secular universidad, hacer un examen detenido, un análisis certero y honrado de nuestra enseñanza médica. La naturaleza de nuestros estudios, y la circunstancia de que muchos de nosotros somos profesores de las facultades de medicina que integran la mayoría de las universidades de América, da a este tema relieve excepcional. De las fórmulas que se deriven de su análisis deben estar pendientes las generaciones que cursan ahora medicina en las universidades del continente.

A esta circunstancia viene a sumarse otra. En la mayoría de nuestros países, las crecientes demandas anuales de cupo en las escuelas de medicina; la mayor necesidad de médicos para atender a las solicitudes de la higiene, de los hospitales, de los Seguros Sociales, de las clínicas, de la industria en general, van imponiendo la apertura de nuevas escuelas de medicina en provincias o departamentos.

Serán estas instituciones, nacidas bajo conceptos y revaluaciones de los estudios médicos en el presente, las que van a derivar mayores ventajas de los puntos y derroteros que aquí se adopten. Será fácil dar desde su inicio, a un organismo naciente, una adecuada y moderna orientación. Pero es difícil, casi imposible, imponerla en los que operan la rutina y la deficiencia, disfrazadas de tradición.

La tradición decide entre nosotros, de la suerte de los estudios médicos. Como la medicina tiene orígenes remotos; como sus primeras escuelas se fundaron en épocas tan disímiles de las que vivimos hoy; como tuvieron su origen bajo el imperio de escuelas filosóficas diametralmente distintas a las que contempla el mundo de nuestros días; como esas escuelas nacieron y se organizaron en un continente en el que todavía imperan las fuerzas ciegas de la tradición, es natural que seamos nosotros mismos quienes resistamos a la renovación de nuestros estudios médicos. Esto es lo que podemos advertir o concluir de la historia de algunas escuelas médicas de países de América. Mejor que evolución

* Trabajo presentado al I Congreso Panamericano de Educación Médica, Lima, Perú, mayo 14-18, 1951.

podríamos decir que en ellas ha habido paralización. La tradición mal entendida, puede ser invencible obstáculo para el advenimiento de nuevos conceptos en cuestiones tanto sanitarias como sociales. Por siglos, por ejemplo, los indios del altiplano andino han tomado como alimento hojas de coca y nauseabundas bebidas derivadas del maguey o del maíz. En la mente de muchos médicos existía la noción tradicional de que siendo alimento tan nocivas sustancias, jamás debería redimirse a esas gentes de tan perniciosos vicios. De ahí que ellos se hayan perpetuado a través de siglos, porque como es forzoso suponerlo, no es posible desechar el criterio médico en cuestiones atañedoras a la salud, la enfermedad o nutrición del hombre. Pero el criterio médico que ampara el empirismo, que no se basa en la ciencia, es tan deleznable como la superchería. Sólo sé que ha servido de obstáculo al progreso de los pueblos y al hallazgo de la salud física y mental del hombre.

El análisis del tema debería implicar la historia de la evolución de la medicina a través de los siglos. Ese estudio carece de utilidad en el presente porque la medicina conserva todavía en fuerte mayoría de países, el espíritu que la animó desde sus más remotos fundadores. Impera aún en el presente siglo ese espíritu que la creó: Curar las enfermedades y aliviar el dolor. Tal vez debamos buscar también en el apego a la "tradición," el recelo y resistencia que encuentra en el medio médico, el rumbo que toma en la hora presente el servicio médico selectivo. Reconocemos con facilidad que la educación general es importante y esencial para el bienestar de una nación; que la democracia, a menos que la población haya adquirido un cierto nivel educacional, es un mito, y que para lograrla, es menester liberrar de todo gasto, siquiera la educación primaria y secundaria.

Pero el principio de que la salud es igualmente esencial al bienestar de una nación; de que la salud es uno de los bienes de la vida a que el hombre tiene derecho; de que para que una sociedad funcione satisfactoriamente, como cualquier empresa, requiere miembros saludables, encuentra resistencia porque nuestra formación médica no ha sido todavía inquietada por el concepto de que la medicina, como la educación, va dejando de ser sólo función privada para transformarse también en acción social que atañe al Estado, al igual que la educación. Medicina y educación deben estar sincronizadas. Con material humano inferior, ni educación ni democracia son posibles.

Actualmente el historiador no necesita encerrarse en bibliotecas para estudiar los mecanismos de la historia. Le bastará la filosofía que ha venido inspirando el hecho histórico analizado.

Quien analice la enseñanza médica actual, la hallará impregnada del espíritu predominante: excesivamente técnico y débilmente social. El mundo entero se encuentra hoy en un período de inquietante crisis debido a que la tecnología ha excedido a la sociología. El hombre de

nuestro tiempo domina desde el átomo hasta la distancia. En el campo de la nutrición, por ejemplo, dominamos la química, transformación y utilización de los alimentos hasta sus más insignificantes elementos. Tenemos los conocimientos necesarios para producir todos los alimentos que el pueblo podría consumir; pero, a pesar de ello, más de la mitad de la población padece desnutrición. Los descubrimientos bacteriológicos del siglo XIX a hoy; los progresos en el campo de la química y de la biología, dan derecho a pensar que el término medio de la vida humana pasará del límite de los 70 años. Las escuelas de medicina se han multiplicado en esta primera mitad del siglo XX en forma insospechada. Las naciones que en América no las tenían hasta la primera mitad de la presente centuria, las cuentan ahora en sus universidades. Las condiciones económicas de la mayoría de los países de este hemisferio son en general óptimas, si se comparan con los exiguos presupuestos nacionales de que antes disponían. Igualmente han avanzado y han hecho manifiestos progresos la higiene urbana y rural. Los seguros sociales han llevado a las zonas obreras y campesinas, los beneficios de los servicios médicos y del amparo en la invalidez y la vejez. Los hospitales y laboratorios se han multiplicado en los últimos cinco lustros. En algunas naciones del hemisferio el auge de la medicina científica es particularmente brillante. Pero a pesar de todos estos innegables e impresionantes avances de la ciencia y de la higiene, los problemas médicos de América no están en modo alguno resueltos. Enormes extensiones y masas de población no reciben la atención médica que necesitan. La alta mortalidad infantil contrarresta la natalidad inmensa que agrava las condiciones económicas de obreros y campesinos, al menos en la América Latina. El estudio del paludismo, lepra, pian, parasitosis intestinal y cutánea, enfermedades de origen hídrico, cáncer, enfermedades mentales, mala alimentación y el impresionante porcentaje de individuos que son rechazados anualmente para el servicio militar en la América Latina dejan la impresión de que hay factores de atraso inconvencibles. Por todas partes oímos quejas respecto a la cantidad de médicos. Se habla de que hay muchos en el mundo y cada país pone una cortina de hierro para impedir la entrada a los profesionales extranjeros, o hace intensa propaganda para evitar el ingreso de nuevos contingentes. Los médicos levantan tribuna para descorazonar a los jóvenes y para convencerlos de que no se afilien a una profesión amenazada de socialización.

Dentro de nuestra organización actual y dado el espíritu predominante en la enseñanza médica, es evidente que hay demasiados médicos para garantizarles, individualmente, un ingreso decoroso. Pero ese número resulta bien inferior si lo miramos en relación a las atenciones o cuidados que debe de recibir la comunidad. Hasta el presente el espíritu y preocupación de nuestras escuelas médicas, es la terapéutica. Nos

encontramos todavía en la etapa curativa, a tiempo que las grandes y trascendentales tareas de la medicina apenas si se inician.

Gran número de centros de educación médica se muestran intranquilos, porque no se está seguro del tipo de médico que requiere nuestra sociedad. Todas las guerras de la historia prueban que la medicina hace sorprendentes progresos en el campo técnico y científico. Pero la convulsión que aquellas implican no logra advertirnos que los ajustes sociales y económicos que acarrearán, deben hacernos también mirar la medicina como una ciencia política y social.

Realidad incontrastable de nuestra América es la pobreza que gravita con peso abrumador, sobre una inmensa masa de su población urbana y rural. Las escuelas de medicina, ajenas a ese fenómeno, procuran desde hace algunos años la especialización de los estudios médicos, que impone mayor carestía y más alto precio a los servicios profesionales. Esa remuneración más alta sólo puede encontrarla en los centros poblados y hacia ellos tienen que derivar, fatalmente, todas las nuevas promociones médicas que egresan de nuestras universidades.

El fenómeno de la técnica en medicina y su progreso científico la llevan actualmente a realidades que nos maravillan, pero que dejando subsistir los más tremendos problemas sociales e individuales pueden igualmente señalarse sus vacíos en otros campos y dominios del progreso humano.

No puede negarse que la tecnología ha excedido o superado a la sociología y, mientras las ciencias naturales y físicas han progresado en forma sorprendente, la organización social y económica del universo actual no guarda proporciones con la técnica creada por aquellas dos ramas de la ciencia humana. La pobreza sigue siendo la maldición de la humanidad y el progreso científico o técnico no logra atenuar sus efectos en ninguna parte del mundo. Hemos logrado medios de comunicación que salvan la distancia entre los continentes, pero este poderoso descubrimiento, resultado de una técnica y de una ciencia más avanzada, nos halla en el más lamentable descuido, por no haber creado al mismo tiempo una organización social que asegurara la cooperación pacífica entre los pueblos. Es una tremenda realidad aceptar que sabemos cómo prevenir y curar muchas enfermedades, muchas de las cuales están erradicadas felizmente de nuestro continente, pero que todavía en América, cada año mueren, prematuramente, millones de seres cuya enfermedad y muerte hubieran podido evitarse.

Es evidente que los programas de enseñanza médica no sólo no se ajustan a la realidad de la hora presente, sino que las escuelas médicas y los gobiernos de nuestros países andan divorciados. Hay necesidad de una coordinación política o un sometimiento de significado técnico y espiritual, porque las escuelas de medicina cooperan en la solución de los problemas sociales y sanitarios de cada país. Esa cooperación puede

muy bien brindarse bajo la forma de personal idóneo para los institutos de investigación o para cualquier género de campañas, como también contribuyendo al estudio y solución de los problemas en que incumba su concepto.

La orientación y organización de los estudios o escuelas médicas, debe responder a un objetivo técnico y científico, y también y ante todo al más elevado motivo de que en ellas sean incluidos los inquietantes problemas médico-sociales que contemplan angustiosamente nuestras débiles y jóvenes nacionalidades.

Es preciso buscar la raíz de los problemas de orden moral que ofrece tan a menudo la práctica de la medicina, no tanto como expresión de una mayor afluencia de estudiantes a las aulas de medicina, lo que implica disminución de su calidad, sino como inequívoco signo de una profesión que se comercializa. Ese espíritu, acorde con el que impera en el mundo, se genera o acrece en una formación y enseñanza médicas de orden puramente especulativo. La medicina y la especialización van adquiriendo un precio y un mercado, cuyo mayor rendimiento se obtiene con la clasificación en diferentes ramas. La enseñanza médica no puede ser ajena a esta grave falla de orden moral que ahonda la pugna existente entre la colectividad y el gremio médico que se traduce en desabridos, cuando no agresivos artículos de la prensa diaria o en cáusticos epigramas que no vemos jamás dirigir a las otras profesiones. Con franqueza, debemos temer que orientada la profesión por esta vía, que aparentemente concurre al mejor tratamiento de las enfermedades, vayan a caer los médicos en una especulación que lleva envuelta nada menos que la vida humana. No vale que arguyamos que el médico es el más noble de los profesionales. La simple inclinación sentimental a hacer el bien, no es ni será lo suficientemente fuerte y durable para resistir la influencia emanada del ambiente o de la formación escolar.

Es un error fatal entender y aprovechar los progresos de la medicina para llevar a los espíritus jóvenes la noción o criterio de que debemos explotar ese progreso para encarecer o especular con la profesión. Las escuelas de medicina no deben proclamar e imponer el credo de que la medicina actual es una cosa nueva, sino también una ciencia de cosas nuevas. Y entre éstas se encuentra en primer término la nueva noción, el nuevo evangelio de que el hombre enfermo no es el único que necesita del médico, como lo contenía el adagio bíblico. De socorro instintivo llevado o procurado al que padece una enfermedad, la medicina ha terminado por convertirse en nuestros tiempos en salvaguardia de la salud pública y por ello, una de las columnas fundamentales de nuestra civilización. Libertad y democracia tienen en ella su mejor aliado. Nuestra economía moderna no sería lo que es sin el médico, experto y consejero cuya opinión debe ser consultada para todos los problemas de la producción, para todas las cuestiones atañederas a la seguridad

e higiene del obrero. La felicidad y la desgracia de los hombres, sus esperanzas y desesperanzas, su honor mismo, descansan en nuestras manos. El nacimiento y la muerte llevan también su sello y hasta la misma filosofía que se nutre de sus enseñanzas. Fué el filósofo Locke quien escribió: "Solamente el que ha practicado y largo tiempo la medicina, puede estar autorizado para mezclarse a la metafísica."

Y si añadimos que la medicina es la madre de toda ciencia social, el fundamento de toda pedagogía, la fuente de toda psicología, la guía más segura de la justicia en materia criminal, tendremos que concluir que ella es la ciencia del hombre todo entero, hállese enfermo o en el goce pleno de la salud.

¿Han acondicionado nuestras escuelas médicas actuales sus programas de enseñanza a este criterio social y universal en la hora presente? ¿No está acaso imperando todavía demasiado la preparación académica en la formación de las nuevas generaciones médicas? ¿Están cumpliendo en la hora presente las facultades de medicina la misión que le está reservada a la más universal y noble de todas las profesiones? Estos interrogantes debemos formularlos todos los que nos sentimos responsables de la educación médica, la cual debe estar animada por el ideal de conducir a nuestros pueblos a una vida más sana y más feliz.

Expresemos concretamente en fórmulas precisas los puntos principales que deben comprender la revisión y discusión de los programas de enseñanza médica:

- (1) Intensificación de los estudios y cumplimiento del calendario escolar, gravemente afectados en algunos países, por exceso de vacaciones y de días festivos (religiosos y civiles).
- (2) División del año escolar en dos períodos de duración exacta de cuatro meses cada uno.
- (3) Apropriación no menor del 25% del presupuesto de las universidades para las escuelas de medicina.
- (4) Aplicación de ese presupuesto exclusivamente a la dotación de laboratorios y a remuneración suficiente de profesores de tiempo completo y medio tiempo.
- (5) Provisión de profesores de tiempo completo y de auxiliares suficientes, para las siguientes cátedras: anatomía descriptiva; histología y embriología; anatomía patológica; bacteriología; fisiología; farmacología; biología; entomología y parasitología; patología comparada y medicina tropical.
- (6) Revisión de los actuales programas y sistemas de enseñanza, reduciendo y refundiendo materias, e incorporando en cambio la medicina psicosomática; la bioestadística; la medicina social y la higiene mental.
- (7) Creación en las facultades de medicina de los siguientes comités permanentes, designados por el Consejo Directivo de cada facultad y

cuyas funciones se fijarán de acuerdo con la misión que deben cumplir: Comité de Curriculum; Comité de Admisión; Comité de Biblioteca y de Revista o Publicaciones; Comité de Promoción y Grado; Comité de Becas; y Comité de Premios en Investigación.

(8) Designación de un Consejo Panamericano de Educación Médica, de carácter permanente, elegido por el presente Congreso y renovado o reelegido por los próximos Congresos o Conferencias Panamericanas de Educación Médica. Sus funciones inmediatas serían convocar una conferencia de todos los Decanos de Facultades de Medicina del Continente para acordar unificación de pensums, de métodos y sistemas de enseñanza.

(9) Los miembros de este Comité vigilarán que los programas y conclusiones acordados en la Conferencia de Decanos, se cumplan por los gobiernos o universidades signatarios del acta final de este Congreso.

(10) Supresión de las escuelas de medicina oficiales o privadas, que carezcan de recursos suficientes o de profesorado idóneo para suministrar una enseñanza adecuada, o cuyo programa de estudios no se ajuste al que sea acordado por el Consejo Panamericano de Educación Médica.